



EL PAIS VASCO-NAVARRO

JAUNGOICOA ETA FUEROAC.

AÑO I.

31 DE MAYO DE 1870.

NÚM. 19.

SUMARIO.

TEXTO.—LA VIDA POR EL REY, por D. Antonio de Trueba.—DEUDAS DEL CORAZON, por D. S. Goicoechea.—RECUERDOS DE UN AVENTURERO VASCO-NAVARRO (continuación).—ASOCIACION DE CATÓLICOS.—VIAJE DE RECREO (continuación).—BAÑOS BILBAINOS.—LOS INDIANOS (continuación).—NOTICIAS.
GRABADOS.—San Sebastian.

LA VIDA POR EL REY.

I.

En 1476 vino el rey D. Fernando el Católico á Vizcaya principalmente con objeto de jurar las libertades del señorío so el árbol de Guernica, como en efecto las juró solemnemente el día 30 de julio del mismo año. Aun no se habian extinguido por completo los famosos y tristes bandos *oñacino* y *gamboino*, y el rey quiso aprovechar su viaje para apagar las últimas centellas de aquel incendio, que habia durado siglos enteros.

Uno de los pocos banderizos que rechazaban aun la oliva de paz era Juan de Salazar, llamado el Moro por sus malas inclinaciones, que se comprenderán solo con que digamos que seis años anteshabia cercado á su noble, anciano y sábio padre Lope García de Salazar, el cronista, en la torre de San Martin de Muñatones, obligándole á que le instituyese en su heredero. Este Juan de Salazar, lejos de acudir, como otros caballeros banderizos, á prestar homenaje al rey, se encerró con su gente de armas en la torre de Muñatones

en son de resistencia y desafío, y el rey pasó en persona á Somorrostro con ánimo de reducirle á la paz y la obediencia, si no por bien, por la fuerza de las armas.

En el barrio de Memeréa, situado en una colina que domina á la torre de Muñatones, existia aun á fines del siglo pasado un gran roble que, segun tradicion, habia cobijado la tienda del Rey Católico cuando este fué á reducir á la obediencia á Juan el Moro.

El rey D. Fernando, benigno y prudente como su ilustre y gloriosa consorte doña Isabel, se habia propuesto no acudir á la fuerza sino cuando la benignidad y la persuasion hubieran sido inútiles para restituir completamente la paz á esta noble tierra, y al dar vista á la torre de Muñatones, cercada de doble y fortísimo recinto de murallas provistas de numerosa artillería, y guarnecidas de poca, pero aguerrida y resuelta gente de armas, lo primero que hizo fué convidar á Juan de Salazar con el perdon, con tal que depusiese las armas y le prestase obediencia. Juan puso grandes dificultades á la sumision; pero un noble mancebo llamado Iñigo Lopez de la Quadra, cuya antigua casa solariega estaba en el mismo valle de Somorrostro, medió entre el rey y el de Salazar, valido de la influencia que en este ejercia, y Juan el Moro prestó obediencia á D. Fernando, quien tornó de Somorrostro muy satisfecho de aquel resul-

tado, porque no ignoraba la gran importancia que en Vizcaya tenia la casa de Salazar, cuyo cabezalero era á la sazón Juan el Moro.

Tanto se prendó el rey de Iñigo Lopez de la Quadra, que al tornar á Castilla llevóse consigo á este mancebo como uno de sus servidores mas queridos.

II.

Pasaron diez y seis años, y los Reyes Católicos, despues de haber enarbolado la cruz en los muros de Granada, último baluarte de los mahometanos, pasaron á Aragon y Cataluña acompañados de muchos de aquellos héroes que habian compartido con ellos los triunfos y los peligros de la gloriosa cruzada de Andalucía. Uno de estos héroes era Iñigo Lopez de la Quadra.

Duraba aun en este tiempo, dice el cronista Zurita, una muy loable costumbre que con otras se ha ido poco á poco olvidando: que el rey en lugar público asistia como en juicio, á lo menos un dia en la semana, que era lo mas ordinario el viernes, haciendo el oficio de juez, oyendo á los querellantes en cosa de justicia, señaladamente á los pobres, y juzgando al pueblo. Detúvose un dia el rey, que fue viernes á 7 de diciembre, vigilia de la Concepcion de Nuestra Señora, desde la mañana hasta medio dia, oyendo y determinando negocios en el palacio mayor de

Barcelona, que es lugar á donde concurrían los jueces, y salióse con muchos caballeros y ciudadanos por la sala real, de la cual se descendía á una plaza por algunas gradas. Iba hablando de los medios de apaciguar ciertos bandos que hacia mucho tiempo existían en el Principado, y separándose algun tanto de los que le acompañaban, quedó el último. En el momento en que iba á bajar la grada, salió un hombre que estaba escondido en una capilla contigua á la sala real, y, sacando la espada, tiró al rey un tremendo tajo por detras al pescuezo. Iñigo Lopez de la Quadra, que era uno de los caballeros mas próximos al rey, puso el brazo para detener el golpe; pero este fué tan violento, que la espada cortó, casi á cercen, el brazo de Iñigo, y, á pesar de eso, hirió al rey en la nuca, no obstante haber tropezado con una cadena que D. Fernando llevaba al cuello.

—¡Valedme, vírgen de Monserrat! gritó el rey, de quien dice Zurita que fué maravilla no le cortara el asesino la cabeza.

Los caballeros se lanzaron sobre el asesino, hiriéndole por tres veces con las dagas; pero el rey, que no perdió ni por un momento la serenidad, les mandó dejarle con vida para que pudiese declarar sus cómplices si los tenia. Otro caballero de las Encartaciones de Vizcaya, llamado D. Alonso de los Hoyos, sujetó al asesino, que era un labrador del lugar de Cañamás en el Vallés, llamado Juan, y el rey fué curado en el mismo palacio.

La herida del rey, que al principio se creyó leve, se agravó hasta el punto de que el herido estuvo en grave peligro de muerte, con gran ansiedad y dolor de la reina, que no se separó un momento de su lecho, y del pueblo que se deshacia en llanto y bramaba contra el asesino.

Este resultó ser un loco que creía corresponderle la corona, por lo cual el rey y la reina mandaron que no se le castigase; pero, á pesar de este piadoso mandato, el pueblo barcelonés le dió muerte cruelísima.

El rey al fin convaleció de su herida, y queriendo premiar la abnegacion y lealtad de Iñigo Lopez de la Quadra, señaló á este cuatro mil ducados de renta, sobre los derechos que el fuero de Vizcaya concede al señor en las ferrerías; pero Iñigo no pudo gozar de esta gracia, porque, menos feliz que su señor, á principios del año siguiente murió de la herida que habia recibido protegiendo al rey.

El cuerpo de aquel noble y leal caballero fué traído embalsamado á la iglesia de San Julian de Múzquiz, donde habia recibido el agua del bautismo, y allí se le hicieron solemnes exequias todos los años por mandado de los Reyes Católicos, has-

ta que estos tornaron á reunirse con él en el cielo.

ANTONIO DE TRUEBA.

DEUDAS DEL CORAZON.

EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL.

(Continuacion.)

Se apresuró este á levantarla, y su hijo acercó una silla para hacerla sentar.

Pasado algun tiempo sin que fuese interrumpido el silencio que guardaban los tres actores de aquella escena mas que por los ahogados sollozos de Maria, dijola el coronel:

—Vamos, vamos, cálmese Vd. para que pueda decirme qué es lo que quiere.

—¡Señor!... fué lo único que pudo expresar la pobre madre, pues, ahogada nuevamente por la emocion que de ella se habia apoderado, no pudo seguir hablando.

El coronel esperó sin dar señales de impaciencia á que Maria pudiera explicarse, mientras en el semblante de Alberto se revelaba el interés que tenia por conocer la causa del dolor que así afligia á aquella mujer.

Trascurridos algunos instantes, pudo exclamar Maria:

—Señor, ¡perdon! ¡perdon!...

Tranquilícese Vd., porque no entiendo...

—¡Mi hijo! ¡mi pobre hijo!..

—¡Su hijo de Vd.! y bien...

—Está prisionero! y mañana...

—¡Ah! comprendo, comprendo.

Y el coronel no pudo añadir una sola palabra que sirviera de consuelo á la afligidísima madre.

—¡Oh! ¡perdon! ¡perdon! volvió á repetir aquella, echándose nuevamente á los pies de Baeza.

Se apresuró Alberto á levantarla, y al hacerla sentar no pudo valerse mas que de una sola mano, pues la otra la tenia ocupada en restregarse los ojos, á donde asomaba rebelde el liquido que rebotaba del corazon.

—¡Es una criatura, señor! ¡Una criatura! exclamó Maria interrumpiendo el silencio guardado hacia rato.—Le llevaron á la fuerza, le arrebataron de mis brazos; él no queria ir...

Maria mentía, quizá inconscientemente, pues antes aseguró á la cantinera que su hijo habia ingresado en las filas carlistas lleno de entusiasmo.

¿Pero qué madre no obraria del mismo modo si creia que mintiendo, no una, sino mil veces, podia disminuir en un solo ápice la falta de su hijo?

El coronel callaba, porque no acertaba con la manera de decir á la pobre madre que á él no le correspondía hacer otra cosa sino cumplir el fallo dictado por el consejo de guerra.

—Comprendo, dijo por fin, que no es esa la edad mas á propósito para obrar con reflexion; pero, desgraciadamente, yo nada puedo hacer por él.

—¡Nada! exclamó la madre, mirándole con los ojos fuera de la órbita.

—¡Ah! Si Vd. fuera padre, si tuviera usted un hijo... comprenderia Vd. todo el dolor que se encierra en esa palabra.

—¿Y quién ha dicho á Vd. que no lo sea, y que no le tenga, y que no comprenda su dolor de Vd.? replicó el coronel en un tono en el que no se sabia si dominaba el reproche ó el dolor.

—¡Oh! Entonces... Vd. le salvará ¿Verdad que sí? Vd. salvará á mi hijo. ¡Hijo! ¡hijo mio!

Y al dar la madre este último grito del alma, sintióse Alberto de tal manera conmovido que, temiendo no poderse dominar, se levantó y salió á hurtadillas de la habitacion.

El coronel no hizo atencion á la ausencia de Alberto hasta un rato despues, y, por lo que hace á Maria, ni aun siquiera habia reparado en él, no obstante haberla ayudado á levantarse y á sentarse repetidas veces.

Seguia la madre sollozando, pendiente de una palabra de esperanza que la dirigiera el coronel; pero este, que no queria engañarla, pues sabia que no habia remedio para su mal, y comprendia que el desengaño seria aun mas terrible para aquella desgraciada, volvió á decirle:

—Siento la desgracia que sobre Vd. pesa; pero repito que nada puedo hacer por remediarla.

—¡Nada! Está bien; dijo la madre con voz entera y poniéndose en pie, con una fuerza superior á la que podia suponerse del estado de desfallecimiento en que parecia estar.—Está bien; al menos, no me negará Vd., no podrá Vd. negarme el favor que le voy á pedir.

—Cuenta Vd. que si de mi depende, lo haré.

—¡Oh! Sí, de Vd. depende, de Vd. solo... Quiero que me maten al mismo tiempo que á mi hijo; quiero morir con él.

—¡Pobre mujer!... ¡está loca! murmuró el coronel.

—¡Loca! ¡Loca! ja... ja... ja... ¡Dice que es padre, y me cree loca porque quiero morir abrazada á mi hijo!

Y faltándole ya lágrimas que verter á la infeliz, las substituyó con una carcajada nerviosa.

—Vaya, vaya, tenga Vd. mas conformidad...

—¡Cómo!... ¿Ni aun siquiera ese favor quiere Vd. hacerme?... ¡Y eso que me habian dicho que era bueno!...

El coronel empezó á dar vueltas en la estancia, tratando de sacudir el peso de plomo que oprimia su bondadoso corazon.

—¿Conque ni aun esa gracia me quiere usted otorgar?... repetia á poco rato María, moviendo la cabeza en señal de un terrible desengaño, mientras fijaba su mirada, lánguida unas veces, amenazadora otras, en el semblante demudado del coronel.

—¡Por Dios!...

—¡Oh! No me nombre Vd. á Dios, que es un sacrilegio llamar á Dios con la lengua y rechazarle con el corazon.

—Está Vd. naturalmente escitada, y necesita Vd. descanso. Váyase Vd., y mañana...

—¡Mañana! ¡mañana!... ja... ja... ja... Es verdad, mañana... ¡¡hijo!!

Y, atacada de una convulsion nerviosa, cayó de espaldas sobre el entarimado, haciendo temblar la casa toda.

El coronel hizo que entraran dos soldados, mandándoles que llevaran á María á una de las alcobas de la casa y avisaran al fisico del regimiento para que la medicinara, y que cuando volviera en sí trataran de buena manera de hacerla salir del pueblo, pues temia, y no sin razon, que si permanecia en Nazar en el acto de la ejecucion de los prisioneros, podia dar lugar á una escena doblemente desagradable.

Un cuarto de hora hacia que el coronel se hallaba solo, sin poder reanudar los trabajos interrumpidos con la llegada de María, cuando se abrió la puerta repentinamente, con grande estrépito, y apareció Alberto jadeando, húmeda la frente, los pelos en desorden, la levita medio desabrochada y cubierto de pies á cabeza de lodo y fango.

El coronel se levantó sobrecojido al ver á su hijo en aquel estado, y quizás pasóle por la imaginacion que el enemigo estaba á las puertas, cuando en el primer momento echó mano á las pistolas, que estaban sobre la mesa.

—¿Dónde está?—Fué lo único que pudo decir Alberto, tendiendo la vista al redor de la estancia.

—¿Quién?... replicó el coronel sin comprender á su hijo.

—¡Esa mujer!... ¿Papá, dónde ha ido?

—¡Ah! la madre... ¿Y á qué conduce esa manera de entrar?

—¡El perdon!... ¡el perdon!... y enseñaba á lo alto un papel que tenia en la mano.

El coronel lo cojió y lo leyó apresuradamente.

«Conmuto la pena de muerte en la de

libertad absoluta al prisionero..... (seguia un blanco).—Cábrega 29 de diciembre de 1834.—El general Oráa.»

No adivinaba aun el coronel el sentido todo de aquel escrito, hasta que, repuesto el jóven cadete de la escitacion con que se habia presentado, repitió á su padre en pocas palabras cómo habia llegado á su poder aquella orden del general, que se referia al hijo de la infeliz María.

—Apenas, dijo, salí de esta sala, conmovido con el dolor de esa mujer, formé el propósito de salvar á su hijo. Ensilé tu caballo y marché á escape á Cábrega. Presentéme al general y le hice mi peticion.

Observando yo que el general vacilaba para contestarme, añadí:

—Mi general, hagamos un cambio; yo doy á V. E. la charretera que me ha concedido sobre el campo de batalla por la vida de ese pobre muchacho.

Entonces el general se levantó, me alargó la mano y me dijo:

—Merecia Vd. otra charretera por este rasgo.

Y cojió un papel y púsose á estender el perdon.

—«¿Cómo se llama el prisionero? me preguntó.»

—Lo ignoro, mi general, respondí yo.»

—«¡Cómo! replicó sorprendido; pide usted la vida de un hombre que ni de nombre le conoce...»

—«Conozco á su madre, mi general.»

Y le conté la escena que habia presenciado aquí.

Apenas acabé de hablar, me entregó ese papel, para que llenase el blanco con el nombre del prisionero, y casi sin darle gracias eché á correr, pudiendo asegurarte, papá, que el caballo que te han dado en cambio del que te mataron esta mañana es un hermoso y noble animal; no ha tropezado una sola vez en todo el camino; verdad es que yo creo que no ha puesto los pies en el suelo, pues no ha corrido, sino volado. Conque ¿dónde está esa mujer?

(Se continuará.)

SAN SEBASTIAN.

San Sebastian (15.000 habitantes), ciudad, puerto y plaza fuerte, capital de la provincia y del partido judicial de su nombre. Está al pie de la montaña meridional del monte Urgull. Pertenecen á su jurisdiccion los lugares de Aduana, Alzá, Igualdo y parte de la comunidad de Zubieta. Tiene los barrios, antes extramuros, de San Martin, Amaro, Eguia, Loyola, Lugariz, Uña é Ibaeta. Conserva tambien

jurisdiccion en el valle de Urnusea con Hernani y Urrieta.

La que podriamos llamar ciudad antigua, á pesar de que, como ya hemos dicho en su lugar, los desventurados vecinos de San Sebastian tuvieron que reedificarla despues de la guerra de la Independencia, está formada por calles tiradas á cordel, bien empedradas ó mejor adoquinadas, y con escelentes aceras. Las casas son cómodas, y hay edificios religiosos y civiles de señalada importancia. Merecen especial mencion la casa de Ayuntamiento, la de escuelas públicas, el teatro, casa de baños, con aguas dulce y salada, lonja, matadero, carnicerías, pescaderías, alhóndiga, así como las fuentes de hierro de agua de buena calidad, traída de Pasajes.

Hemos hablado de la que impropriamente llamamos ciudad antigua. La pequeña península en que se halla asentada, así como la estrecha lengua de tierra que defendian antiguas fortificaciones, al presente destruidas, tienen comunicacion por diversos puntos con la parte nueva de San Sebastian, cuya principal calle, bastarda y ridiculamente llamada Boulevard, es con toda verdad, salvo el nombre, hermosísima. Lo mismo puede decirse de todas las demás calles que se están construyendo.

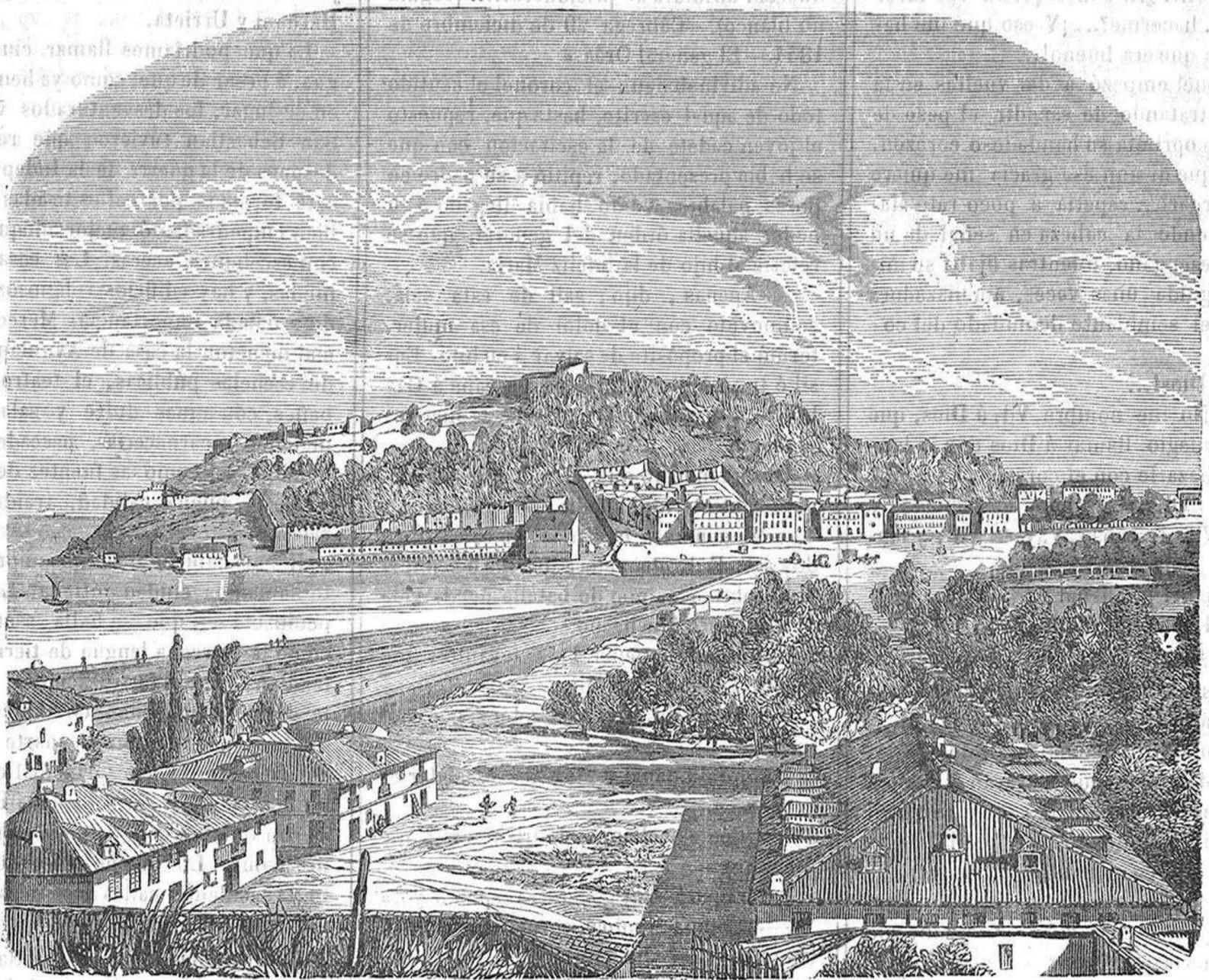
Hay, además, en San Sebastian aduana, comandancia general, consulado, dos parroquias, hospital y un convento de monjas. La iglesia de Santa María, aunque recargada interior y exteriormente de churriguerescos adornos, no deja de tener verdadera magnificencia.

Otra iglesia posee San Sebastian, harto menos tenida en cuenta de lo que por su cristiana y elegante arquitectura debería. Hablamos de la iglesia parroquial de San Vicente.

Es de arquitectura ogival, tiene tres naves, y las bóvedas y pilastras que la sostienen ostentan la gracia y esbeltez que se halla en todas los templos y edificios que corresponden al arte ojival ó gótico, como mas comunmente es conocido. Su largo es de 144 pies castellanos, su anchura de 88 y lo alto, hasta la clave de las bóvedas, de 44.

La ciudad de San Sebastian es siempre agradable y alegre, pero encerrada en estrechísimo recinto por las antiguas murallas, una de las mas notables de España, no solo por la simétrica distribucion de sus calles y edificios, sino por las proporciones de sus nuevas calles, tanto, que bien puede decirse no hay al presente en Madrid y Burdeos poblacion alguna que en hermosura le iguale.

De sus plazas, nueva y vieja, la última ha dejado de serlo, pues forma parte de



San Sebastian.

la gran calle nueva ó Boulevard. La plaza nueva tiene 240 pies de largo y 150 de ancho, casas simétricas con soportales de piedra, y en un frente la hermosa casa de Ayuntamiento.

San Sebastian es el Brighton, el Dieppe ó Biarritz de España, llevando su hermosísima concha notable ventaja á la mayor parte de los sitios á propósito para baños de mar, con lo que puede ciertamente asegurarse que las desventajas del pequeño y no muy seguro puerto se hallan del todo resarcidas con los infinitos bañistas que acuden los veranos.

La subida al monte Urgull, donde se halla el castillo de la Mota, es uno de los paseos mas sanos y agradables. Las revueltas que enderezan á la cumbre están á veces tan cerca del agua, que la espuma del Océano salta por encima de las peñas y se estrella á los pies del paseante, conforme se va subiendo. Las vistas de la costa y tierra adentro son cada vez mas hermosas, de suerte que fuera inperdonable, hallándose en San Sebastian, no salir á espaciarse por tan delicioso paseo. En la falda del monte hay varias sepulturas de oficiales ingleses.

Las fondas principales son la de la Posta y la de Beraza; hay además otras varias y buenas casas de huéspedes: vapor para Santander, Bilbao y Bayona: diligencias á todos los pueblos y establecimientos terminales de la provincia.

RECUERDOS DE UN AVENTURERO VASCO-NAVARRO.

LOS PRIMEROS TIEMPOS DE CALIFORNIA.

V.

VIDA DE ARRIERO.

(Continuacion.)

No teníamos capitales; solo tres yuntas de bueyes y dos carros que á lo sumo podían traer veinte á veintidos quintales cada uno; era menester proporcionarse mulas aparejadas, y estas valían de ciento cuarenta á ciento cincuenta duros cada una. No obstante, monté á caballo y fui á Sonora á tratar con algunos jefes sonoreños que querían deshacerse de su ganado porque no tenían arrieros para manejarlo, pues los precios que estos les pedían eran superiores á lo que hubieran podido sacar de los portes de efectos, y eso que enton-

ces se pagaban desde Stockton á las minas á catorce duros el quintal por una distancia de unas ochenta millas. Por fin, buscando, encontré uno que tenía deseos de deshacerse de ellas: este sugeto era del altar, de Sonora, y tenía treinta y cuatro mulas aparejadas y siete de silla, que me ofreció cedérmelas al precio de ciento veintiocho duros cada una: convinimos en el precio y en la forma del pago dándole dos mil duros al contado, recibiendo el oro en bruto á quince duros la onza de peso español y el resto al plazo de un mes, pagado en oro al mismo tipo, ó amonedado por su valor. Este arreglo lo hicimos el día 17 de mayo, que había estado nebuloso y frío, y el 19, que era el señalado para el recibo de las mulas, amaneció nevando y siguió hasta medio día, cayendo en Sonora de seis á nueve pulgadas de nieve, y cuatro pulgadas donde estábamos acampados: no obstante, escogí los hombres útiles para arrieros y dos carreteros; recibimos las mulas, y el 19 de mayo nos ocupamos en arreglar el hato y hacer los preparativos para marchar al día siguiente. Como la nieve se derritió en el momento que dejó de caer, subieron las aguas del arroyo, anegándonos las labores que en él

teníamos abiertas, y hubo que abrir otras nuevas en sus inmediaciones, consiguiendo ese día sacar de las grietas de la pizarra que encontramos en el fondo treinta y ocho onzas y media de oro: con este buen resultado partimos al día siguiente para Stockton con las mulas y carros, dejando treinta y siete hombres dedicados al trabajo de las minas.

Como íbamos de vacío, pasamos la sierra ese día, yendo á dormir al arroyo seco, y al día siguiente cruzamos temprano el Estanislao por una nueva lancha que se había colocado mas arriba del primer pase, en el punto en que estaba establecido un pequeño destacamento de tropas americanas, y de allí nos adelantamos á Stockton. Este punto, que entonces empezaba justamente á nacer, tenía por primer ocupante, y dueño por consiguiente del terreno, á un americano llamado Weeber y que era poseedor del mejor de los cinco ó seis almacenes que allá existían, junto con la choza de juncos, que era la primera habitacion en que se había alojado. Stockton está situado en un estero navegable del San Joaquin á distancia de 60 á 70 millas de San Francisco, y había anclados en esa época una goleta magnífica de guerra de los Estados Unidos y tres buques mas desmantelados de comercio que servían de almacenes: las personas que recuerdo como los primeros habitantes de aquella ciudad naciente eran el fundador, Mr. Weeber, los Sres. Hauss, padre é hijo, que ocupaban unos de los buques, Mr. Bell, Mr. Davies y dos franceses que se habían establecido para componer carros y herrar caballos de nombre Duval y Papon; además había muchas tiendas de campaña y una actividad de arribos de lanchas y buques pequeños en aquel puerto interior que daba bien á entender que su comercio no estaba reducido á surtir las necesidades de las doscientas ó trescientas personas que allí vivían, sino que era el depósito de todos los placeres que se hallaban al Sur del rio Mokelames. Las primeras relaciones que tuve fueron con Mr. Haust, quien tenía una señora francesa que á pesar de sus muchos años estaba muy bien conservada, y como yo hablaba francés y tanto él como su señora é hijo hablaban francés y español por haber vivido muchos años en Chile, era natural que todos los que hablaban este último idioma se dirigieran á su buque á hacer sus compras.

Compré los efectos que mas falta nos hacían, cargando con ellos los dos carros, y tomé á porte ciento doce quintales con las mulas para conducirlos al campo americano, al precio de catorce duros cada quintal. El viaje se hizo sin novedad y sin mas incidente de nota que, habiendo salido el día 22 de Stockton, el día 24, al

llegar al pie de las lomas, me encontré seis marinos escoceses que estaban poco menos que sofocados por la sed y el calor que habían sufrido aquel día y echados á un lado del camino, sin poder dar un paso adelante: me dieron lástima, les di agua, les quite sus morrales y les hice montar en las mulas de silla de mis arrieros y en mi caballo, y les llevé al día siguiente hasta dejarlos en el camino que conducía á las minas del Tahuallamos, á donde se dirigían, apartándose de nosotros sumamente agradecidos, como lo demostraron poco tiempo despues en una ocasión para mí bien apurada. Ese mismo día 25 de mayo llegué á American Camp, entregué la carga que conducía y fuí á dormir á mi campamento.

Los 37 hombres que allí había dejado no habían sacado tanto oro como el que les llevamos los nueve hombres que habíamos salido con los carros y las mulas; el descontento entre ellos era grande; decían que aquel punto era pobre, y estaban apoyados por mis ayudantes y el jefe de la otra compañía que se me había unido; todos parecían unánimes en referir como ciertas las buenas noticias que corrían de los placeres de Mokelames y Calaveras, y las reflexiones que yo les hacía de no abandonar un sitio conocido, en donde tanto faltaba que explotar, teniendo en las cercanías magníficos prados donde descansar y reponer nuestros ganados, fueron inútiles; la gente, y particularmente el jefe de la otra compañía y mis ayudantes, se habían figurado iban á cojer el oro sin trabajo, á pesar de que ya habían sufrido un desengaño; hubo que ceder por segunda vez, y despues de haber enterrado las máquinas que habíamos traído de Méjico, levantamos el campo y fuimos á parar al día siguiente al pie de la sierra, al mismo punto donde habíamos acampado cuando veníamos con la caravana sonoreña.

(Se continuará.)

ASOCIACION DE CATOLICOS

DE LA PROVINCIA DE NAVARRA.

Como no podía menos de suceder, acaba de instalarse en Pamplona una Asociación de católicos, cuyo laudable objeto es fomentar la enseñanza y mantener viva la fé, destruyendo de este modo los terribles estragos de la impiedad. La junta directiva de esta sociedad ha quedado elegida en esta forma: *Presidente*, D. José Jimenez de Cenarbe. — *Vicepresidente*, D. Antonio Barricarte. — *Vocales*, D. Gregorio Alzugaray y D. Regino Bescansa. — *Tesorero*, D. José María Santesteban. — *Secretario*, D. Juan Cancio Mena, y *Vice-secretario*, D. Serafin Mata y Oneca.

El programa ó manifiesto que la junta ha dado á luz es un documento importantísimo: rebosa en él la mas acendrada fé y sentimos que llegue tarde á nuestras manos; de otro modo lo publicaríamos íntegro, seguros de agradar á nuestros lectores.

Pero no podemos prescindir de citar algunos párrafos, los que condensan el pensamiento de la Asociación.

«Por mas que la moral y la política, dice el manifiesto, se enlacen en los principios esenciales de la justicia, nunca se confunden hasta el punto de que los accidentes de la forma sirvan de pretesto legítimo para monopolizar la religion al exclusivismo sistemático de los partidos.

La Asociación de católicos no es asociación de sectarios políticos, sino de creyentes; la Asociación de católicos no aspira á conquistar triunfos efimeros, sino á difundir el bien; la Asociación de católicos se dirige á todos los que vean en la Iglesia la tutela de Dios sobre la humanidad, y acepta, por lo tanto, la doctrina de la fraternidad mas abnegada, porque su amor no es el falso amor de la filantropía, de ese amor que se inspira en los movimientos inconscientes del corazón, sino el amor *Caridad*, ese amor que se sobrepone á todos los obstáculos y contrariedades, ese amor que rehabilita al hombre por el sacrificio, ese amor, en fin, que se modela en la pasión y muerte del Redentor del mundo.

¿Quién se atreverá á mancillar con las sombras de la duda los purísimos timbres del catolicismo, despues de haber sentido las santas emociones de religion tan augusta?

Solo la falta de fé, de esa fé, que es la gracia por excelencia, ó la ignorancia de las verdades supremas del catolicismo, pueden ser causa de ese alarde de impiedad, de esa indiferencia religiosa y de ese funesto materialismo de que se jactan soberbiamente los espíritus fanáticos de la despreocupación.

Una religion que empieza por aplacar la sed ardiente del alma, de esa inquietud que le agita, de esa fiebre que le devora por saber su origen y su destino; una religion que proclama el principio de que no basta creer, sino que es preciso practicar grandes virtudes; una religion que define la moral y que la lleva hasta el fondo de la conciencia para ilustrarla; una religion que fortalece el espíritu con la sávia santa de los sacramentos; una religion que no transige con las pasiones ni con el egoísmo, y que en todo pide justicia; una religion que condena la venganza hasta en el foro de las intenciones; una religion que destruye los odios mas implacables y que despierta el amor hasta el heroísmo, no podía menos de ser la verdad de las verdades. Y por eso, el que defiende el catolicismo de fiendela causa mas sagrada de la humanidad, no solo en cuanto afecta á sus destinos eternos, sino tambien á los terrenales, porque no se limita á purificar el alma para que al desprenderse del cuerpo vuelva al seno de Dios, sino porque con sus reglas de conducta armoniza todos los intereses, garantiza la virtud y es origen permanente de la paz y del concierto universal.

Y en tiempos como los que atravesamos; tiempos de frenesí filosófico y de delirio del

corazon; tiempos en que las ideas cruzan rápidas por la mente sin descender á la conciencia, y en que las pasiones imperan con tiránico dominio; tiempos en que, olvidándose el hombre de sí mismo y de sus legítimos intereses, solo se cuida de satisfacer sus bastardas exigencias; tiempos en que la voz de la razón está oscurecida por el inmenso griterío de una prensa procaz, que pretende imponerse á la opinión pública con la intolerancia del escepticismo; tiempos en que se escarnece la virtud y se vilipendia la justicia; tiempos, en fin, en que la anarquía y el caos de las doctrinas han producido la anarquía y el caos en la conducta de los individuos y en la conducta de los pueblos, es cuando, los que sienten arder en su pecho la luz de la esperanza y agitarse sus sentimientos á impulsos de la fé, deben reunirse y asociarse para demostrar con la sinceridad de la palabra, con la lógica del raciocinio y con la elocuencia del ejemplo, que solo en el catolicismo puede encontrarse la verdad religiosa, esa verdad que responde á las dudas más terribles del hombre, y la verdad moral, esa verdad sin la cual ni puede purificarse el alma por actos de justicia y de abnegación, ni puede la sociedad disfrutar el sosiego y la tranquilidad á que aspira ardentemente.

La Asociación de católicos, apostólicos, romanos, de Navarra, constituida en forma legal y con la autorización competente, se desarrollará bajo las bases que en extracto se consignan al pie de este manifiesto, y será un centro de propaganda moral y religiosa, que al par que robustezca más y más las santas creencias que profesamos, haga frente á esa propaganda racionalista, que, agostando el corazón y deificando las pasiones, cierra al alma los hermosos horizontes de la inmortalidad; á esa propaganda que en vez de afirmar, niega; á esa propaganda que en vez de dilatar la vida en lo eterno, quiere consumirla en lo temporal.»

Nobles y generosos son los deseos de la Asociación; en su satisfacción están los gérmenes de la felicidad de los pueblos, y EL PAIS VASCO NAVARRO, felicitando á los que han llevado á cabo tan útil como venturoso pensamiento, se ofrece por completo á la junta y cifra su mayor gloria en contribuir como mejor pueda al sosten del catolicismo, único medio de salvación para la España revolucionaria.

UN VIAJE DE RECREO.

(Continuacion.)

II.

En el camino.

De todos los que ocupaban los sesenta asientos, con más una docena de chiquillos en el departamento en que iba el cantero, solo el maestro de obra prima había visto á Madrid, en el año en que se salvó la unidad constitucional á espensas de los fueros vascongados, que, para que todo el mundo lo entienda, fué el año 1839.

Alguno que otro lo había también visto,

pero en detalle, por el agujero de un mundo nuevo.

El maestro, pues, era el que llevaba la batuta. Según él —y lo que decía no admitía réplica,—el palacio de los reyes era tan largo como desde Bilbao á Arrigorriaga ó poco menos, y había en Madrid una calle, cuyo nombre no recordaba, tan larga, tan larga, que... vamos, no podía decirse lo larga que era.

Antes que llegara el tren á Arrigorriaga, ya se había alojado Juan Manu la corbata,—porque hay que advertir que llevaba corbata, y de seda verde;—y poco después se aflojó el botón de la camisa.

El zapatero ponderó entre otras cosas las chuletas que se vendían en las tabernas de Madrid, y esto abrió naturalmente el apetito de Manu, que suplicó á su compañero que alcanzara las provisiones que iban á sus pies, pues él, que se hallaba haciendo oficios de clave, no podía bajarse mientras no se moviesen las clavetas de los costados.

¡Ah! se me olvidaba decir que con la punta de un pie había podido Manu quitarse uno de los zapatos, y vice-versa, lo cual, como comprenderá cualquiera que se haya visto en un aprieto, le había aliviado mucho, y *ainda mais*, había resuelto una cuestión económica, ó como si dijéramos, una cuestión del día.

Llegado que hubo el tren á Orduña, Juan Manu respiró fuerte.

Las dos vecinas se habían bajado á beberse cada una dos ó más vasos de agua con volado,—volado, esa es la expresión, es muy poco fácil llamar azucarillo al.... azucarillo, cuando se sale fuera de su pueblo.

Al querer volver á colocarse aquellos dos toneles en la posición que ocupaban momentos antes, el cantero se resistió abiertamente á dejarse estrujar como si fuera uva en lagar, y de ahí el que faltara muy poco para que estallara la gorda.

La que lo era más de las dos mujeres decía:

—¿Usted, todo el coche quiere ó?..

—Yo, el sitio mío no más; no quiero...

—Pues va Vd. sentado en el sitio de Vd.

—Pero Vd. encima de mí también ya se pone Vd.

—Usted equivocado ó así vendrá Vd.

—Boleta de primera clase tendrá usted, dijo la segunda gorda con mucho retintín.

Y añadió á poco rato:

—Rebotiana, tráele un almohadón á este señor de rechupete.

—Mejor harás callar, contestó el cantero (bajando de tono en cuanto al tratamiento y subiéndolo en fuerza gutural) si no quieres ir por la ventana.

—¿Quién me echará?... ¿Tú?... ¡Pueda ser!....

—Por supuesto, dijo la otra, como que tiene lo menos... menos... una *acción* en el *carro ferril*.

Y hubo gritos, y silbidos, y fueras, hasta que, merced á la intervención de un empleado de la compañía, quedó arreglada la cosa, haciendo que un viajero pacífico pasara á otro departamento, pues ni los dos tocinos ni el cantero se avenían á ceder ni un ápice de lo que ellos llamaban su derecho, que era irse en el asiento que habían cojido en Bilbao.

El zapatero, que por el mero hecho de serlo era hombre que calzaba muchos puntos, aprovechó aquella ocasión para explicar á su amigo los derechos y atribuciones del hombre en la sociedad.

—Todos *semos* iguales, decía; pero, por lo que hace á las mujeres, no son iguales á los hombres. Hay que tener mucha *toleranza* con ellas, pues al cabo y al fin el hombre es siempre un... hombre, y la mujer no pasa de ser una... mujer. Porque, como dijo el otro, si nos faltara esta mitad del género ó del cuero humano, estaríamos como dos en un zapato, y ya comprendes tú que no es justo que se disminuya el trabajo de los artistas, haciendo la mitad del calzado que se hace ahora. Por lo demás, eso sí, el hombre debe sostener sus derechos, porque, como dijo el otro...

Un ronquido de aquel á quien iban dirigidas estas palabras hizo comprender al maestro... Ciruela, que Juan Manu no tenía nada que oponer á razonamiento tan lógico, tan contundente, y sobre todo tan cargado de fluido eléctrico.

El orador quiso remojar la palabra, en vista de la atención que se le prestaba, y llevó la mano allá, á donde sabía que estaba la bota, una bota que venía á todas las medidas.

Instantáneamente retiró la mano, como si hubiera sido mordida por una víbora, —¡Horribilísimo caso! aquella mano estaba teñida en sangre, es decir, lo parecía; pero la verdad es que estaba teñida en ¡vino!..

Lo que tenía que suceder, sucedió. La Robustiana había plantado la planta de su robusto pie sobre la bota que contenía el *tente-en-pie* de Juan y Pachico, y, ¡zas!: la bota... allí quedó, con más un agujero que antes no tenía; y con menos el caldo que contenía. Verdad es que este último, en vez de correrse de vergüenza, ó de cualquiera otra cosa, fué á guarecerse entre los arrecifes ó bajos almidonados y todo de la que le había dado libertad.

El maestro llamó á su compañero á voces y zarandeándole: pero fué necesario que diese señales de vida, que dijera, siquiera no fuese tan alto como había dicho su nombre de pila modificado: —¡El vi-

no!... —Para que contestara Juan Manu, sin abrir los ojos, pero alargando la mano: —Venga.

Pachico metió la suya por debajo del asiento y sacó la bota escuálida y flaca y se la dió al sediento.

Dejóla este caer, como si fuera carbon encendido, y abriendo cada ojo, grande como huevo de gallina cochinchina, y una boca como una espuerta, exclamó:

—El vino, pues, ¿dónde está?

—Aquí, y enseñó el maestro un gran charco que daba compasion verle.

Al querer separarse la Robustiana, para que Juan Manu viese la gran catástrofe, palpó los bajos de sus enaguas, y miró y vió—¡cegaran sus ojos antes que tal vieran!—que tenían una ancha franja de color carmesí.

Se oyeron dos exclamaciones á la vez.

La de Juan Manu, que queria decir:—Tú has roto la bota.

La de Robustiana, que espresaba:—Tú me has echado á perder las enaguas.

Despues... despues hubo necesidad de que intervinieran todos los compañeros de coche para que la gorda no saliese por el ventanillo á la vía; pero... eso sí, llevando en cada mano un ojo de su contendiente, pues tales fueron las intenciones manifiestas de aquella y de este.

Juan Manu se tranquilizó al ver que Pachico sacaba los útiles necesarios para coser la herida de la bota, y, satisfecho el maestro del efecto que hacian en su compañero las puntadas *maestras*, creyó que debía estender sus razonamientos tranquilizadores á la gorda, causa del motin.

—No se apure Vd., señora, la decia, eso se quita con mas facilidad que se cose esta bota.

Y, entusiasmado con su discurso, olvidándose del vaiven del coche, se metió la herramienta por la piel y la carne del dedo índice, con la misma fuerza con que pensaba meterla por el cuero de la bota.

—¡Cuerno! y sacudió la mano contra las narices de la segunda gorda que admiraba el trabajo del maestro.

—¡Ay! ¡qué animal! fué lo único que por el pronto pudo decir esta, llevándose las manos á la parte dolorida.

Y vuelta á gritar y á insultarse y á tener que intervenir la gente pacífica entre las partes beligerantes.

Hasta Miranda no hubo novedad.

(Se continuará.)

Mas de una vez la prensa madrileña y de provincias se ha ocupado en combatir la emigracion veraniega de las mas principales familias á los puertos extranjeros y en estimular mejoras en los nuestros para evitar que *hasta para bañarnos* seamos tributarios de aquellos y contribuyamos

en tan gran escala á su progreso, como sucede con Biarritz, Arcachon, San Juan de Luz, etc., cuyo mayor contingente es de españoles, mientras que nuestros bellos puertos de mar llevan una vida lánguida y se hallan casi abandonados. Cuestion es esta de interés nacional, y esto nos mueve á publicar el siguiente artículo sobre

LOS BAÑOS BILBAINOS.

La compañía que hace cosa de un año se constituyó en Bilbao por medio de una asociacion popular con el título que encabezamos este artículo, está construyendo sobre la acreditada playa de «Las Arenas» un establecimiento que sin duda alguna está llamado á ser el primero de su clase en España. Consiste en un elegante casino que se halla ya casi terminado y deberá inaugurarse este verano, y dos grandes pabellones que se están construyendo en ámbos lados del camino. Los tres edificios reunidos, cuyo servicio se hará de una gran cocina central, podrán alojar cómodamente unas 250 personas, y en ellos habrá un gran salon comedor, varios comedores pequeños para familias, restaurant, café, billares, salon de baile, gabinete de lectura y baños de mar calientes.

Las fachadas de estos edificios se hallan situadas sobre la misma playa de baños, y sus vistas son por demás alegres y pintorescas. En frente la magnífica obra de la ria de Bilbao y el mar que baña los cimientos de estos edificios: á la derecha y á distancia de un kilómetro la risueña y pintoresca poblacion de Algorta, tan frecuentada por los bañistas, y mas allá la *Farola* y punta de la *Galea*. A la izquierda, Portugaleta, en cuya playa una compañía de ricos capitalistas y comerciantes de Bilbao construyen en este momento magnificas manzanas de casas para habitaciones de verano, y donde tambien un opulento comerciante, hijo de aquella poblacion, construirá muy pronto una gran fonda. Hay además en Portugaleta otros proyectos encaminados á convertirlo en uno de los mas bonitos y concurridos puertos de baños y de recreo. Casi de frente al establecimiento, y á la misma márgen izquierda, se ve el lindisimo pueblo de Santurce, situado al pie de Sarantes, notable por distintas construcciones de mérito y de lujo, entre las que descuellan la casa-palacio del opulento banquero D. Cristóbal de Murrieta, la del marqués de Casa-Torre, y sobre todo, la magnífica escuela de náutica y la lindisima capilla, construidas ámbas á espensas del citado Sr. Murrieta, cuya pérdida aun llora el pueblo que le vió nacer. Si á todas estas vistas se agrega el movimiento continuo de entrada y salida de vapores y buques de distintos portes

que cruzan delante del establecimiento para entrar ó salir del puerto de Bilbao, se tendrá una idea bastante exacta de las ventajas que presenta para estancia de verano el punto en que se ha instalado este establecimiento de baños, cuyas fachadas de la parte opuesta dan sobre los terrenos de la misma sociedad que se destinan á jardines de recreo, con objeto de que los bañistas disfruten de su sombra y de toda clase de diversiones y juegos campestres. Por este lado, las vistas no son menos variadas, dominándose mas de una legua de la ria de Bilbao, la vega de Lamiaco, Sestao, la magnífica posesion del desierto, á cuyo pie se encuentra el embarcadero del ferro-carril de Iriano, donde los buques de vapor y vela reciben anualmente á su bordo mas de 300.000 toneladas del riquísimo mineral de Somorrostro para trasladarlo á distintos puertos ingleses y franceses. Inmediata á esta posesion, y separada de ella por el rio de Baracaldo, se halla la grandiosa fábrica de hierro y acero perteneciente á los Sres, Ibarra, hermanos y compañía.

Mas de 30 ómnibus hacen en verano el servicio diario entre Bilbao y Las Arenas, y si se lleva á cabo el escelente proyecto de unir este punto con Plencia, este camino será doblemente animado y concurrido.

No podemos aun dar una idea completa del establecimiento por hallarse algo atrasada la construccion de los dos grandes pabellones. Mas adelante publicaremos una vista del bello conjunto que formará el Casino con sus dos elegantes pabellones de los lados, cuadras y demás dependencias de este importantísimo establecimiento.

El pensamiento de la compañía es de arrendarlo, y como el objeto de la sociedad, mas bien que de especular, fué de dotar á Bilbao de un establecimiento *sin rival en España*, se nos asegura que se cederá en condiciones ventajosas, siempre que las personas que deseen explotarlo sean de reconocida inteligencia y cuenten con los recursos necesarios para emprender un negocio de esta importancia.

J. N.

LOS INDIANOS.

NOVELA.

XIV.

Amo y criado.

(Continuacion)

En pocas palabras: Francisco Javier estaba ya cansado de representar su papel.

La vida que hacia en Montevideo le aburría, deseaba por momentos heredar á su falso tio y deshacerse de Olegario, su

cómplice, para que no pudiera turbar la felicidad que se proponía alcanzar en Europa, cuando, en posesión de una inmensa fortuna, apareciese como un nuevo Montecristo.

Resuelto á conseguir el fin, sin reparar en los medios, había elegido como instrumento de sus malvados planes á Catalina y á José María.

Cuando este acudió á su cita, empezó á trabajarle.

—Mi tío, le dijo, me ha hecho de tí grandes elogios, y esto me mueve á sentir hacia tí un vivo afecto. Te he llamado solo para decirte que estoy resuelto á hacer tu suerte.

—Dios se lo pague á Vd., contestó con acento de gratitud José María.

—¿Estás dispuesto á contestar con franqueza á las preguntas que te haga?

—Sería un malvado si no lo hiciera así.

—Pues bien: confiame los proyectos que te han traído aquí. ¿Tienes mucha ambición?

José María reveló á D. Francisco Javier el objeto de su viaje.

—Corriente, dijo este; yo supongo que en cuatro ó cinco años realizas tus propósitos. ¿Qué harás despues?

—Volver á mi valle.

—A ser maestro de escuela, y á morirte de hambre, ¿no es eso?

—Sucederá lo que Dios quiera.

—Por fuerza te has dejado allí el corazón.

—Pudiera ser.

—Vamos, tienes una novia, le has prometido volver á casarte con ella, y como eres honrado lo sacrificas todo al cumplimiento de tu palabra.

—Algo hay de eso; pero no todo lo que usted supone.

—¿No te espera alguna novia?

—Quizás no.

—¿Dudas de su cariño?

—Ignoro si corresponde al mio; pero yo me he propuesto labrar su felicidad, despues de cumplir mis deberes de hijo.

José María pensaba al hablar de este modo en Dominica, cuyo recuerdo no podía borrarse un solo instante de su alma.

—Razon de mas para que persistas en hacer fortuna, no solo para pagar la deuda de tu padre, sino para realizar tus aspiraciones, añadió D. Francisco Javier. ¿Por ventura te pesaria volver á tu aldea con algunas onzas, hecho todo un indiano? Si así fuera, esa jóven que te interesa y de cuya correspondencia no estás seguro, se consideraria muy feliz llamándose tu esposa.

—Ya lo creo.

—Pues en tu mano está conseguirlo.

—¿En mi mano?

—Sí: voy á darte una prueba de mi afecto

revelándote un proyecto que abrigo. Ya sabes que mi tío es muy rico y que soy su único heredero; cuando fallezca toda su fortuna vendrá á mis manos, á juzgar por el testamento que ha hecho en debida forma; y entonces, si le has cuidado bien, realizaré el capital, te llevaré conmigo á Europa, te daré lo bastante para que asegures tu porvenir, y ahí tienes ya realizados tus deseos.

—Es Vd. muy bueno y nunca podré pagarle el interés que se toma por mí.

—Tal vez sí.

—¡Oh! no.

—Querer es poder, dijo D. Francisco acentuando sus palabras. Yo sentiria mucho perder á mi tío, ¡es tan bueno! pero te doy palabra solemne de que cuando su fortuna venga á mis manos participarás de ella.

No quiso decir mas por entonces.

Antes de partir le suplicó José María que le indicase el medio de enviar dos onzas á su padre.

—Eso es muy poco, dijo el agente.

—No tengo mas.

—Te anticiparé cuatro mas á cuenta de lo que herede.

—No, á cuenta de mi salario, contestó José María.

—Como tú quieras.

Convinieron en que D. Francisco le enviaria una letra de seis onzas, y se separaron.

—Dentro de un mes, le dijo D. Francisco, vuelve á venir.

—No me dejará en amo.

—Di e que vienes á entregarme dinero para tu familia, y no olvides lo que hemos hablado. Si me has comprendido, tu suerte es cosa hecha.

Estas últimas palabras alarmaron un poco á José María.

—Soy un malpensado y un tonto, se dijo.

Y volvió muy satisfecho á la quinta de su amo.

No haria un cuarto de hora que se había separado de D. Francisco Javier, cuando recibió una carta de D. Olegario.

«La muchacha que me enviaste, le decia, ha desaparecido esta mañana de mi casa, y cuantas pesquisas he hecho para encontrarla han sido inútiles.

»Es necesario que averigües su paradero; porque la he dicho cosas que podrian comprometerme.

»Por otra parte, tú estás mas interesado que yo en que parezca: me falta una cartera en la que tenia yo un talon del Banco de España de dos mil duros, y, lo que es peor, algunos documentos que pueden perderme, y entre ellos una carta tuya, que si fuese á parar á manos de D. Juan Pedro, le demostraria que tú no eres su sobrino.

Por todo esto es necesario que Catalina parezca. Silencio y discrecion. Tuyo. OLEGARIO.»

Esta carta consternó á Francisco Javier, y acto continuo se puso en movimiento.

Igual sorpresa, aunque no tan penosa, esperimentó José María al llegar á la quinta de su amo.

En presencia de este encontró á Catalina, que haria una hora que había llegado preguntando por él, y conversaba con el americano.

(Se continuará.)

NOTICIAS.

En Bilbao se ha celebrado con gran solemnidad la inauguracion del monumento de Mallona, erigido en recuerdo de los que perecieron defendiendo la libertad en los sitios de aquella invicta villa. El rector de la Universidad de Madrid, D. Fernando de Castro, pronunció la oracion, y los periódicos de la poblacion de los dias 24 y 25 traen animadas descripciones de aquel suceso.

Los debates que con motivo de los lamentables sucesos de Vitoria tuvieron lugar en la Cámara han venido á demostrar que si la pasion política ciega á algunos victorianos, no se libran del contagio las autoridades de aquella provincia. Mentira parece que, siendo el gobernador y el capitán general hijos de aquel privilegiado país, no conozcan á sus hermanos.

La acreditada casa editorial de Manini ha empezado á publicar una novela titulada *Mendigos y Ladrones*. Es un estudio social, en extremo moralizador, y no decimos mas de esta obra por ser de nuestro colaborador Julio Nombela.

EL PAIS VASCO-NAVARRO.

Precios de suscripcion.

En España.. . . .	3 meses 12 reales.
En Cuba y Puerto Rico.	6 meses 5 pesos.
América del Sur y Filipinas.	6 meses 4 pesos.
Estranjero.. . . .	6 meses 10 franc.
Número suelto en España.. . . .	2 reales.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En MADRID: Calle de Serrano, 14, tercero de la izquierda (barrio de Salamanca). —BILBAO: librería de D. Juan E. Delmas. —PAMPLONA: secretaria del Colegio de internos. —VITORIA: admite las suscripciones D. Nicolás Becerro, en el establecimiento tipográfico de D. José Iturbe, calle de San Francisco, número 23. —SAN SEBASTIAN: librería de D. Manuel Aramburu. —La administracion central de Madrid admite suscripciones de todas partes siempre que al aviso acompañe el importe en letra de fácil cobro ó sellos.

